

PA 8519

.Z 7

T 33



FONDO LITERARIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PROLOGO

He soñado desde niño con una literatura enteramente americana. En medio de nuestros seculares bosques, viviendo en las canosas ramas de los ahuehuetes, hay pájaros que cantan con voces no aprendidas, algo que pudiera llamarse el himno de las selvas indianas. ¿Por qué no ha de haber poetas que los imiten?

¿Estamos obligados en lengua ajena á cantar tradiciones, costumbres, sentimientos y glorias ajenas? ¡Si nuestra historia está sembrada de episodios heroicos dignos de los bardos griegos! ¡Si cada nación de las que constituyen la América latina tiene inédita una Iliada propia, que espera un Homero que la entregue á la Fama!

Literatura americana en lengua española es la que crearán los poetas netamente americanos y en ella quedarán para siempre enaltecidos los hechos de nuestros héroes, los sacrificios de nuestros mártires, el vigor y la grande-

003080



za de las razas primitivas, la fertilidad de nuestro opulento y fecundo continente velado por el cielo más diáfano, alfombrado por la vegetación más fértil, erizado por las montañas más altas y más ricas y, digámoslo de una vez, poblado por seres en que se confunden y mezclan todas las actividades intelectuales que favorecen el sentimiento más puro en estética para todas las artes.

No es un error afirmar que por la altura de nuestras comarcas, son en ellas más vivos los matices de los celajes, del campo, de las hojas, de los pétalos y de las olas; más exquisitas las plumas y la voz de los pájaros; más rica la flora que cuaja en gardenias, tuberosas, lirios y camelias y más dispuesta la imaginación para crear todo lo que nutre la poesía virgen y nueva que inmortalizaron los libros orientales.

Nosotros—como asentó en mi álbum el eminente Castelar—nacemos donde la República y la Libertad nacen con el vigor de las selvas no profanadas y entre los salvajes conciertos producidos por las mil voces de la Naturaleza, á tiempo que el Viejo Mundo presenta sus ruinas amontonadas como un oleaje petrificado, sobre las cuales crecen la cicuta y la ortiga y tristemente cantan las siniestras cornejas sus melancólicas elegías.

Pues bien, esos conciertos salvajes pero hermosos, en que los artistas son los zenzontles y

los uruties; en que visten lujosísimos é incompiables trajes, más ricos que los de todos los reyes, los quetzales y los colibríes; esas montañas coronadas de eternas nieves como el Ixtlacihuatl, el Popocatepetl y el Citlatepetl; ó los que escalan el cielo como los Andes; los hondos ventisqueros donde ruge la fiera indómita y arrastra sus matizadas escamas la ponzoñosa serpiente; los ríos como mares en cuyas floridas riberas se mecen los nenúfares y los camalotes; las ciudades extrañas alzadas en los desiertos por las tribus nómades que llevan consigo sus dioses, sus familias, sus armas y hasta sus sepulcros; la manera de creer, de sentir, de luchar y de perecer de estas razas en las que hay Elenas, Judits, Beatrices y Juanas de Arco ¿no tendrán cantores propios nacidos en medio de ellas, que las describan y las revelen á los lectores de los pueblos viejos?

Sí los tendrán á fe mía, y puedo aventurarme en esta esperanza hasta decir que ya surgen algunos en nuestro siglo.

Usted, querido amigo, ha puesto en mis manos un libro hermoso, obra de un poeta uruguayo que me cautiva con su estro; libro destinado á vivir luengos años sobre esta tierra de promisión para el progreso humano, que se llama la América latina.

Ese libro contiene el poema "Tabaré," hijo del númen de Juan Zorrilla de San Martín.



Ocurrere á cualquiera preguntar con curiosidad femenina ¿cómo es el poeta? Su retrato me lo revela, con una frente en perpétua gestación de ideas y coronada de profusa y desordenada cabellera; con ojos de mirar reflexivo y á la par melancólico; con una expresión de fisonomía triste y seria, pero dulce y franca.

Dicen que los juicios del extranjero se asemejan á los de la posteridad en lo fríos y en lo imparciales y aunque extranjeros no somos entre sí los americanos, el hecho de ser del Sur el autor del *Tabaré* y yo del Norte, y la circunstancia de estar el Uruguay tan distante de México, dan en este caso tintes de extranjería á mis opiniones, que sin duda les añadirán ante los más severos la condición de imparcialidad que para los juicios literarios se requiere.

Dicho esto, permita usted que con el desorden, el poco aliño y la ruda franqueza, que son cualidades ingénitas de mi carácter, diga respecto del *Tabaré* cuanto se me venga á las mientes. No abrigo temor de que me tachen de incorrecto porque nunca he soñado en adquirir un sillón de la Academia, ni nadie podrá juzgarme parcial ó apasionado, porque no conozco al poeta sino á su obra y no escribo este juicio por encargo, sino por antojo.

El libro está abierto delante de mí; allá va lo que pienso y lo que creo; recíbalo usted como un testimonio de nuestra estrecha amistad, seguro de que ésto me basta y me conforma.

\* \* \*

Soy enemigo de obedecer á la rutina; creo que las obras del ingenio humano deben amoldarse en la forma que mejor convenga á sus autores y no censuro al poeta porque no haya escrito su poema en octavas reales. Ha elegido el verso asonantado y ha hecho muy bien. La primera condición de un americano es vivir y desarrollarse en pleno ambiente de libertad: así es, que hasta en esto se revela americano el poema. ¡Hasta en lo intelectual refleja sus beneficios la independencia de la antigua madre Patria!

El poema se intitula: "*Tabaré*." ¿Qué significa la palabra "*Tabaré*"? Zorrilla de San Martín nos dice en sus notas:

"El nombre de "*Tabaré*" se encuentra en el "*Viaje al Río de la Plata y Uruguay*" de Ulde-rico Schmidel, aventurero alemán que acompañó al bravo y honesto Alvar Núñez en su memorable expedición al Paraguay.

"Este nos presenta á un cacique "*Tabaré*," que hizo sudar el hopo, como decía Cervantes, á los bizarros expedicionarios de Alvar Núñez en las inmediaciones de la Asunción, que los indios llamaban "*Lambaré*."

"No es ese, sin embargo, el protagonista de mi poema.

"¿Cuál es entonces?

"Otro; y para explicaciones basta y sobra



“con lo dicho. Quede sólo sentado que “Tabaré” es el nombre de un cacique que un día “existió; y que la voz “Tabaré” es genuina y “muy característica de la lengua “tupí.” Lo “cual, unido al sonido enfónico de esa voz, me “indujo á adoptarla para designar con ella á “mi protagonista, y, por fin, que la palabra “Tabaré” está compuesta de las voces “taba,” “pueblo ó caserío y “ré,” después, es decir: el “que vive solo, lejos ó retirado del pueblo. “(Acotaciones de Angelis á la Historia de Rui “Díaz.)

“¡Ojalá que mi Tabaré olvidado por los historiadores porque no lo vieron, ó no quisieron, “ó no pudieron verlo, resulte, sin embargo, más “histórico que el Tabaré de Schmidel ó de Rui “Díaz!

“Mucho pedir es eso: sin embargo lo diré “sin vana pretensión, no creo que los cronistas “de la conquista (incluso el bueno del arcediaco “no Centenera que tantas cosas archicuriosas “vió por estos mundos con los ojos de la imaginación que dió vida á “La Argentina”) no “creo, digo, que los cronistas hayan visto á “aquellos idiotas estrafalarios que tanto que “hacer dieron á los heroicos conquistadores “con mayor intensidad que la con que yo he “visto á mi imposible charrúa de ojos azules.”

Esto dice el poeta y yo creo que su “Tabaré” vencerá á todos, porque opino como él: “las

historias de los poetas son á veces más “historia” que las de los historiadores.”

Pero vamos al poema. Yo deseo presentaros al poeta con sus hermosas concepciones vaciadas con admirable maestría en hermosos versos. El tiene la palabra en la introducción de su poema:

“Seguíme hasta saber de esas historias,  
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan,  
La que narra el ombú de nuestras lomas,  
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,  
El ñandubay, los talas y las ceibas;  
La historia de la sangre de un desierto,  
La triste historia de una raza muerta.”

El poeta entra lleno de fé en la ejecución de su obra sabiendo, como lo dice, que:

“Crecen laureles, hijos de la noche,  
Que esperan lirás para asirse á ellas,  
Allá en la obscuridad en que aún palpita  
El grito del desierto y de la selva.”

Es verdad! Hay que traducir ese grito en ritmo castellano; hay que pasar sobre la sangre oreada por el sol americano y sorprender en sus negruzcos manchones todo lo que sintió una raza extinguida. Para esas inquisiciones de la sombra, de lo lejano, de lo ignorado, hay que lanzar el pensamiento en medio de la nie-



bla densa, de lo que ya no tiene forma ni color,  
y sentir eso que el poeta pinta así:

“Sumersión del espíritu en lo obscuro,  
Reino de las quimeras,  
En que no sabe el pensamiento humano  
Si descende, ó asciende, ó se despeña!”

En el libro primero, canto primero, ya se re-  
vela el poeta de América:

“El Uruguay y el Plata  
Vivían su salvaje primavera;  
La sonrisa de Dios de que nacieron  
Aún palpita en las aguas y en las selvas;

Aún viste al espinillo  
Su amarillo “tipoy;” aun en la yerba  
Engendra los vapores temblorosos  
Y á la calandria en el “ombú” despierta.

Aún dibuja misterios  
En el “mburucuyá” de las riberas,  
Anuncia el día, y por la tarde enciende  
Su último beso en la primera estrella.

Aún alienta en el viento  
Que cimbra blandamente las palmeras,  
Que remece los juncos de la orilla  
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido  
Baja en el rayo de las lunas llenas,

Para enhebrar diamantes en las olas  
Y resbalar ó retorcerse en ellas.”

Pinta después el río Uruguay como serpiente  
que se arrastra en el virginal regazo de la  
América y respondiendo al grito que sus tor-  
mentas lanzan á los aires, habla de una raza  
que en las riberas aparece desnuda: ¡la raza  
charrúa!

Solo al poeta es dado trazar con mágicos pin-  
celes cuadros deslumbradores por su novedad y  
su belleza; Zorrilla de San Martín se desborda  
en un lirismo sublime; tiene, como el trópico su  
vegetación exuberante y grandiosa, imágenes y  
conceptos que brillan en el conjunto de la obra  
como las pulimentadas facetas de un diamante  
inmenso. No tienen los liricos europeos el colo-  
rido, la estructura de filigrana, la pedrería va-  
liosa de las joyas del Nuevo Mundo. A mí me  
deslumbran, lo confieso, estos arrebatos de Zo-  
rilla de San Martín, cuando al hablar de su na-  
tivo suelo dice:

“La patria, cuyo nombre  
Es canción en el arpa del poeta,  
Grito en el corazón, luz en la aurora,  
Fuego en la mente y en el cielo estrella.”

A la raza *charrúa* de la cual sólo queda el  
nombre, dice el autor de *Tabaré* que



“La encuentra el pensamiento  
Antes que el mundo antiguo la sorprenda,  
En lucha con la tierra y con el cielo  
Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo  
Con un muro de piedra;  
Tras él duermen las tardes y las lunas,  
Tras él la aurora duerme y se despierta.

Cruza el salvaje errante  
La soledad de la llanura inmensa;  
Y el amarillo tigre, como el indio,  
Como él fiero y desnudo la atraviesa.

El tigre brama; el indio  
Contesta en el silbido de su flecha,  
¿Dónde va? ¿Qué persigue? Tras su paso,  
Sobre ese suelo virgen ¿qué nos deja?

¿Para él está formada  
Esa encantada tierra  
Que á los diáfanos cielos de Diciembre  
Les devuelve una flor por cada estrella?  
.....

En esa raza de su excelso origen  
Aun el vestigio queda,  
Como el toque de luz amarillento  
Que un sol que muere en los espacios deja.

Nacida para el bien, el mal la riude;  
Destinada á la paz vive en la guerra,  
Hojas perdidas de su tronco enfermo  
El remolino las arrastra enfermas.”

Descrita la condición y la suerte de esa raza, pinta el poeta al viejo cacique *Caracé*, convocando con encendidas hogueras á las dispersas tribus. *Caracé* tiene en el cuerpo tantas heridas como manchas la piel del tigre y ha adornado su toldo con pieles y cabelleras de caciques *yaros* y *bohanes*, arrancadas por su propio brazo; diez son sus mujeres encargadas de aguzarle las puntas de sus flechas, encender el fuego de su toldo y fermentar el jugo de las palmas.

En las siguientes estrofas el poeta tiene imágenes bellísimas que como él dice en sus notas “no son hijas de la inspiración subjetiva, sino de una investigación laboriosa de la etimología de las voces guaraníicas con que esas ideas se expresaban por el indio:”

“Nadie sabe los fríos  
Que ha vivido el cacique; pero cuentan  
Que allá *en el tiempo de los soles largos*,  
Al Uruguay llegó, desde la sierra

Lejana, muy lejana,  
Que ve salir el sol, cuando las ceibas  
En que hoy anida el águila, sentían  
Correr la savia en su primer corteza.



Ya entonces había visto  
Cruzar las lunas en las *horas lentas*;  
Pero aun es joven, cual si con sus manos  
Contar sus fríos *Caracé* pudiera;

Aun en sus fuertes dedos  
Es la maza de piedra  
El brazo de la muerte que en las tribus  
Derrama el frío que en los huesos queda.”

Los *soles largos* en los veranos del Sur, la antigüedad pintada en la dura corteza de las ceibas y el invierno en las lunas de las horas lentas, son imágenes llenas de novedad, como la de llamar al sueño del sepulcro el frío que en los huesos queda.

Aire embalsamado en las selvas uruguayas es el que se respira leyendo estos versos. ¿Cómo hay quien diga que no tienen literatura propia los americanos del Sur! ¿No son los argentinos Mármol y Obligado, el venezolano Bello, el chileno La Barra y el uruguayo Zorrilla dueños de un estilo netamente nacional y propio?

El viejo cacique convoca á las tribus, porque ha visto tendido desde la playa que una inmensa piragua cruzaba por las islas del *Paraná-guazú* dirigiéndose á la ribera. El poeta tiene aquí una figura hermosa, pues dice pintando la entrada de esa embarcación en el Uruguay:

“La nave avanza altiva;  
Lanza un grito del cielo que retiembla;  
Llega á la costa y agarrando al río  
Por la erizada crín, en él se sienta.”

Rodean á *Caracé* los indios y al mirar espantados que descenden de la nave los hombres blancos, disparan sobre ellos una lluvia de saetas obligándolos á huir por las breñas:

“Dejando sangre en la salvaje playa  
Y una mujer en la sangrienta arena.

.....

Parece flor de sangre,  
Sonrisa de un dolor; es la primera  
Gota de llanto que, entre sangre tanta,  
Derramó España en nuestra virgen tierra.”

*Caracé* da á sus soldados todo el botín de guerra y él se lleva á su toldo á la blanca prisionera. Imagináos en el silencio de aquellas soledades, cuando llega la noche con su clámdede tachonada de cintilantes estrellas, la sed de amor de aquel indio junto á una mujer blanca como el lirio que tiembla de pavor, de tristeza como la paloma en garras de un tigre. Así presenta Zorrilla de Sau Martín un drama en la sombra. Esa mujer que en el poema se llama Magdalena, sólo lloraba y rezaba; así vivió en el toldo del cacique y así fué madre.



El hijo de esa prisionera, nacido en el bosque y arrullado por los primeros cánticos cristianos que resonaron en la tierra uruguaya, se llamó Tabaré: Con gran novedad describe el poeta el asombro de los charrúas al contemplar á ese niño que tenía en las pupilas:

“El azulado cerco  
Que entre sus hojas pálidas ostenta  
La flor del cardo en pos de un aguacero.”

Y agrega el lírico sud-americano:

“Y lo oyen y lo miran asombrados  
Como á un pájaro nuevo  
Que, unido á las calandrias y zorzales  
Ensayá entre las ramas sus gorgoros.”

La madre toma á su hijo y va con él á la ribera del río y lo bautiza sin más sacerdote que Dios, ni más templo que aquella exuberante Naturaleza.

Vienen después cuadros hermosos. Duerme el viento en las ramas; en el flotante camalote el tigre y los pájaros en los nidos. Las tribus embriagadas aullan á los lejos y se espera el instante en que el Cacique venga, tras la salvaje orgía, á buscar á su cautiva que esconderá á su hijo tras de los ceibos. El terror, la nostalgia, las especiales condiciones de aquella mujer mártir, abrevian sus horas; y pugna por

mirar más intensamente á su hijo y trémula, agonizante, le dice:

“Duerme. Si al despertar no me encontraras,  
Yo te hablaré á lo lejos;  
Una aurora sin sol vendrá á dejarte  
Entre los labios mi invisible beso;  
Duerme, me llaman,  
Concilia el sueño.”

Yo formaré crepúsculos azules  
Para flotar en ellos;  
Para influir en tu alma solitaria  
La tristeza más dulce de los cielos.  
Así tu llanto  
No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías  
Los sauces y los ceibos,  
Y enseñaré á los pájaros dormidos  
A repetir mis cánticos maternos. . . . .  
El niño duerme,  
Duerme sonriendo.

-----

La madre lo estrechó; dejó en su frente  
Una lágrima inmensa, en ella un beso,  
Y se acostó á morir. Lloró la selva  
Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.



## XI

¿Sentís la risa? Caracé el cacique  
 Ha vuelto ébrio, muy ébrio,  
 Su esclava estaba pálida, muy pálida....  
 Hijo y madre ya duermen "los dos sueños."

Así acaba el libro primero de este extraño poema. La madre ha muerto dejando en las soledades americanas á un niño, sangre de su sangre, amamantado y bautizado por ella entre el concierto de las ondas y del follaje. Este niño, este *Tabaré* de ojos azules, huérfano tan á raíz de la vida ¿será un ángel ó un tigre con forma humana? ¿está llamado á sentir y á llorar ó á luchar y vencer?

Abramos con curiosidad las páginas del segundo libro en las cuales aparecerá el misterioso personaje y veamos lo que en ellas se contiene.

¿Habrà algo, entre los que escribimos versos castellanos en el último tercio del siglo diez y nueve, que pueda considerarse libre de la culpa de haber imitado en algo los *lieds* alemanes de Heine, ó las rimas de Becquer, ese Heine de los españoles?

Hay una atracción irresistible por ese estilo que condensa en pocos versos las ideas y las expone en forma nueva. En Heine y en Becquer

aparece la poesía desnuda; sus encantos no están velados por la forma ni sujetos al molde irritante en que los otros poetas vacían sus pensamientos.

Esa poesía subjetiva que algunos juzgan ajena á la índole de nuestro tiempo y fuera de la escuela realista, tiene sus encantos que no morirán pese á los filósofos de hoy tan exigentes como los de los siglos pasados.

Yo he obedecido en mucho á lo que se llama realismo, pero no admito más que dos escuelas, la buena y la mala; así es que lo subjetivo y lo real pueden pertenecer á la primera si nacen de un estro bueno y están revelados con pluma de oro.

Zorrilla de San Martín comienza el segundo libro de su poema con una invocación toda lirismo, en la que campean estrofas como estas:

“¿Quién llora con la luna en los sepulcros  
 Y rie en las estrellas,  
 Y respira en las auras otoñales,  
 Y anima la hoja seca,  
 Y es perfume en la flor, gota en la lluvia  
 Y en la pupila idea?”

Poeta lírico de primera fuerza, soñador por organización y por índole, invita á los que aman los imposibles á que escuchen en su leyenda el acorde arrebatado al misterioso rumor de las selvas nativas. Hace después la descripción de



un villorrio fundado sobre la margen desierta en que el río San Salvador, tributario del Uruguay, derrama en éste sus aguas entre guayabos y sauces. Allí clavaron sus bastiones los castellanos é improvisaron sus viviendas que tenían:

“Techos pajizos de bambú, con hebras  
De la raíz del *ñapindá* amarrados;”

rodeando la casa de piedra, habitada por el viejo adelantado Juan de Ortíz, sobre la cual tremola sereno el pabellón hispano.

¿Quién va—pregunta el poeta—á provocar y á herir la raza de indios feroces é indómitos que viven libres en la tierra uruguaya?

“Solo España ¿quién más? solo ella pudo,  
Con paso temerario,  
Luchar con lo fatal desconocido,  
Despertar al abismo y provocarlo;

Llegarse á herir el lomo del desierto  
Dormido entre los brazos  
De la infinita soledad su madre,  
Y allí clavar el pabellón cristiano.”

Nunca he renegado de mi estirpe; miro en España la casa solariega de mis primeros ascendientes y como lo dije en el prólogo de un libro, me son tan caras sus glorias, tan íntimas y gratas sus tradiciones que me bastó llegar al mar

Cantábrico para extremecerme de entusiasmo y de júbilo, creyendo oír sobre las rocas del Aulseba la inmortal plegaria de Covadonga. Heredamos la lengua española y no la usaremos nunca para herir á la conquistadora del Nuevo Mundo. Aplaudo la franqueza de Zorrilla de San Martín, al ensalzar el arrojo, el heroísmo de aquellos denodados guerreros del siglo XVI que se entregaron á los inmensos peligros del mar y de la campaña con indómitas razas.—¿Cree alguno que no eran valientes los indios?—No habéis hecho gracia—le dijeron á Hernán Cortés sus jueces—en haber combatido con indios desnudos é ignorantes.—En aquel mundo—respondió Don Hernando—me encontré con hombres que me obligaron á volverles la espalda y correr, mientras que aquí ninguno de vosotros ni todos juntos, me haréis retroceder un palmo.

Soldados tan valientes como los que él trajo (no les niego la crueldad templada después por la mansedumbre de los primeros misioneros evangélicos) aparecen en el canto III del libro segundo del poema uruguayo, arreglando sus armaduras. *Sapicán* el cacique, murió después de que Garay dispersó sus tribus, pero tanto le amaban éstas que miran cómo después de muerto se les aparece y las alienta:

“Murió, pero en la noche y cuando el astro  
No alumbra las barrancas



Y se duermen las víboras, y agita  
Sólo el *ñacurutú* sus lentas alas;

Cuando las sombras salen de los árboles  
Y con los vientos andan;  
Y la nutria nadando cruza el río  
Y canta el grillo oculto entre las matas,

El cacique aparece. Ya lo han visto  
Las tribus espantadas  
Buscar en vano su arco entre los juncos  
O su maza de pórvido en las aguas."

Pero sería necesario copiar todo el canto. Hay descripciones brillantes que bastarían por sí solas á Zorrilla de San Martín para darle preferente lugar en el Parnaso. Leyéndolo se mira pasar entre las tinieblas, á tiempo que las gotas de lluvia restallan en las hojas y golpean el lomo de los tigres que encandilados por los relámpagos braman encogidos, la sombra del cacique:

"Con sus ojos profundos y encendidos."

.....

Así se cierne por los espacios y cuando escucha:

"La primera canción que anuncia el alba,  
En el aire sutil pierde sus formas,  
Se diluye en la luz, se va ó se apaga."

Lo mismo que *Sapicán* murió *Abayubá*. Era el joven más amado del cacique; la escena de su muerte puede pintarse en un lienzo:

"¡Cómo cayó! Su cuerpo,  
Pasado por el bote de una lauza,  
Trepó por ésta hasta morir, cortando  
Con el diente afilado por la rabia,

La rienda del caballo,  
De cuya grupa el español acaba  
Con el puñal, la destructora brega  
Que la ocupada lanza comenzara.

Perdónese la reunión de asonantes. La figura es suprema! Muertos el gigante "Añagualpo," "Yandinoca," "Tabobá," "Magaluna," "Yací," "Terú," "Maracopa," y "Abaroré;" esclava "Gualeonda;" sola "Liropeya," la más hermosa virgen que pisó aquella playa, pues también ha muerto "Yandubayá" que supo á fuerza de heroísmos conquistar su cariño; la adversidad cae sobre los bravos campeones de la playa, y en frente de sus arrojados, de sus sacrificios, de sus luchas titánicas, Zorrilla de San Martín pulsa la lira tirtéica y arranca de sus cuerdas los siguientes versos, que consagra como elegía á los primeros pobladores del Uruguay.



“¡Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lágrimas!  
¡Estirpe lentamente sumergida  
En la infinita soledad arcana!

¡Lumbre espirante que apagó la aurora!  
¡Sombra desnuda muerta entre las zarzas!  
Ni las manchas siquiera  
De vuestra sangre nuestra tierra guarda.

¡Y aun viven los jaguares amarillos!  
¡Y aun sus cachorros maman!  
¡Y aun brotan las espinas que mordieron  
La piel cobriza de la extinta raza!

¡Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lágrimas!  
Indómitos luchásteis. . . . ¿Qué habeis sido?  
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,  
El trovador levanta  
La trémula elegía indescifrable  
Que al través de los árboles resbala,

Cuando os siente pasar en las tinieblas  
Y tocar con las alas  
Su cabeza que entrega á los embates  
Del viento secular de las montañas.

Sombras desnudas que pasáis de noche  
En pálidas bandadas  
Goteando sangre que, al tocar el suelo,  
Como salvaje imprecación estalla;

Yo os saludo al pasar. ¿Fuísteis acaso  
Mártires de una patria,  
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria  
Para besarle el corazón lo mata?

Sóis del abismo que la mente sonda  
Confusa resonancia;  
Un grito articulado en el vacío  
Que muere sin nacer, que á nadie llama;

Pero sóis a'go. El trovador cristiano  
Arroja húmedo en lágrimas,  
Un ramo de laurel en vuestro abismo  
¡Por si mártires fuísteis de una patria!”

¡Cuántas veces hemos dicho todos, sin expresararlo con los mismos conceptos, lo que Zorrilla de San Martín en tan valientes estrofas! Hay algunos versos duros á causa de los modismos americanos pero á mí no me importa que la armonía se rompa si la idea se salva.—No estamos los mexicanos en el caso de los uruguayos, la patria mexicana estuvo bien definida desde los más remotos tiempos y su civilización asombraba á los conquistadores.—Pero



no en todos los lugares de América sucedía lo mismo y el canto de Zorrilla de San Martín es aplicable á todos los ignorados héroes de las razas indígenas.

Continúa el poema. Diseminados los indios por los bosques, suelen turbar con sus gritos, sus risas y sus maldiciones, la paz en que yacen los soldados españoles mandados en jefe por D. Gonzalo de Ordáz, á quien acompañan su hermana Blanca y Doña Luz su esposa.

Se comprende que D. Gonzalo haya traído á su mujer á los peligros de la conquista; pero, ¿qué hace allí la inocente Blanca? oigamos al poeta:

“Quizá la niña en cuyos dulces ojos  
Se mueven las miradas  
Como insectos de luz aprisionados  
En urnas de cristal negras y diáfanas,  
  
Allí, bajo el escudo de su hermano,  
Es la nota con alas  
Que mezclada á un acorde moribundo,  
De gritos de dolor hará pleglarias.”

Una tarde, tornó de su excursión Gonzalo con diez arcabuceros, trayendo presos á unos indios charrúas:

“Salen de sus viviendas las mujeres  
Y los hombres á verlos;

Ni una impresión se nota en sus semblantes;  
Todos caminan impasibles, fieros.

Ah! . . . todos no. ¿Quién es ese salvaje  
Que se detiene trémulo?  
¿No es su pupila azul? Azul, no hay duda.  
¿Qué hay en ella? ¿Terror? ¿Asombro? ¿Miedo?

¿Extraño ser! Indescriptibles líneas  
Tiene su cuerpo esbelto;  
Hay en su órneo hogar para la idea,  
Hay en su frente espacio para el génio.

Esa línea es charrúa; esa otra . . . humana;  
Ese mirar es tierno. . .  
¿No hay en el fondo de esos ojos claros  
Un sér oculto con los ojos negros?

La blanca piel de un tigre  
Ha ceñido á su cuerpo;  
No ha pintado su rostro ni en su labio  
Ha atravesado el signo del guerrero.

Es pálido, muy triste; en su semblante  
Y en su azorado aspecto,  
Hay algo indescriptible y misterioso  
Que inspira amor, ó desazón, ó duelo.

¿Por qué se ha desprendido de su grupo?  
¿Se ha apoderado un vértigo  
De ese salvaje enfermo que venía  
Entre los otros indios prisionero?



La onda de un suspiro  
Se ha notado quizá sobre su pecho,  
Y se hubiera creído, al observarlo,  
Que ha roto entre sus dientes un lamento.

¡Y no es pasión salvaje  
La que remece sus extraños miembros!  
¡Así sacude su prisión el alma  
Cuando estallan en ella los recuerdos!"

¿Habéis ya conocido al personaje? Ha visto á Blanca cuya presencia ha despertado en su corazón los recuerdos de un pasado lejano. El, en su infancia primera, miró una fisonomía semejante, exprimió un seno blanco como las mejillas de aquella virgen y se durmió sobre un regazo de armiño en que le servían de astros dos ojos azules y de música los cantos de Bellem brotados de unos labios de grana. ¿Quién era ese prisionero?

"Tabaré" lo apellidan los charrúas,  
O "el hijo de los ceibos....."  
¡Hijo de mi dolor! una española  
Le decía llorando há mucho tiempo."

Blanca tembló al mirar á ese indio y preguntó á su hermano Gonzalo quién era.—No lo sé, repuso Gonzalo, lo encontramos en actitud de plegaria y no se inmutó al verse rodeado de arcabuces. Le he dado el pueblo por cárcel.

"Yo probaré en ese indio si se encuentra  
Capaz de redención su heroica raza."

Doña Luz, cruel y malévolá, pedía para Tabaré y para todos sus compañeros la muerte, diciendo á su esposo:

"No son hijos de Adán, no son, Gonzalo;  
Esa stirpe feroz no es raza humana."

Quando los indios duermen, según el poeta:

"Tendidos en el suelo, como masa  
De bronce que se mueve y que palpita  
Con aliento vital en las entrañas."

Sólo Tabaré vela con los encendidos ojos clavados en lo infinito. Se levanta, pasea, alza las manos, va y viene sin cesar y los soldados le llaman: "el indio loco."

Blanca observa con atención al charrúa, hasta que un día se atreve á hablarle preguntándole por qué corría y si ella le infundía miedo. Cuando esa voz dulce penetra al corazón del salvaje, lo despierta á nueva vida. Dan ganas de reproducir todas estas páginas del poema. "Tabaré" habla así á Blanca:

—"¡Oh, sí! Yo sé que acechas  
Mis horas de dolor;